

Branko Milanovic

La era de la discordia: política fragmentada y discurso desquiciado

Web del autor, 13 de septiembre de 2025.

Hoy asistí en Nueva York, en la Universidad de Columbia (que aún parece una fortaleza debido a las protestas estudiantiles que tuvieron lugar allí hace aproximadamente un año y medio), a una conferencia con motivo del 25.º aniversario del Instituto para el Diálogo Político. Mi panel debía tratar sobre democracia y desigualdad. Por alguna razón, pasé por alto que trataría sobre democracia y hablé principalmente sobre desigualdad. Los otros panelistas fueron Winnie Byanyima, de las Naciones Unidas (anteriormente de Oxfam), Ravi Kanbur, profesor de economía en Cornell, y Binaifer Nowrojee, directora de la Open Society Foundation. Peter Goodman, del *New York Times*, moderó el debate.

Se hizo mucho hincapié, en particular por parte de Winnie y la Sra. Nowrojee, en la democracia. Como es habitual, se utilizaron palabras bonitas: participación, agencia, transparencia, justicia, cero corrupción, baja desigualdad, etc. Pero la pregunta es: ¿son estas palabras, aplicadas a las democracias actuales, relevantes y tienen aún mucho significado?

Me gustaría hacer una breve digresión histórica. La definición más concisa de democracia la dio Joseph Schumpeter en 1942 en su obra *Capitalismo, Socialismo y Democracia*: la lucha de los partidos políticos por el mayor número de votos y, por ende, por el derecho a gobernar. Con esa definición tan estrecha de democracia, debemos reconocer que los regímenes autoritarios de la década de 1930 llegaron al poder acatándola. El NSDAP obtuvo el mayor número de votos en el Parlamento alemán en las dos últimas elecciones de 1932 y se le mantuvo fuera del gobierno precisamente porque se creía que gobernaría dictatorialmente una vez que llegara al poder. Finalmente, los grandes industriales y los grandes terratenientes decidieron cercar de alguna manera a Hitler y Hindenburg le dio el mandato para formar gobierno (véase, por ejemplo, la excelente obra de Henry Turner, "[Treinta días de Hitler en el poder](#)"). Lo hicieron porque el país se estaba volviendo completamente ingobernable, no solo en el Parlamento, sino también en las calles. Regímenes autocráticos y dictatoriales similares gobernaron prácticamente toda Europa en la década de 1930: Metaxas en Grecia, el rey Alejandro en Yugoslavia, el mariscal Pilsudski y

el coronel Beck en Polonia, el almirante Horthy en Hungría, Schuschnigg en Austria, Mussolini en Italia, Smetona en Lituania, el general Franco en España, Salazar en Portugal. Mark Mazower describe muy bien el período en [Dark Continent](#) . "Oscuro", por supuesto, se refiere a la Europa de las décadas de 1920 y 1930. Lo que notamos es que todos estos líderes eran populares, algunos muy populares, y muchos llegaron al poder por medios democráticos o semidemocráticos. Ian Kershaw, en su [biografía de Hitler en dos volúmenes](#), escribe que Hitler en 1937 era seguramente el jefe de estado más popular en Europa. Su popularidad aumentó después del Anschluss, y aún más después de que obtuvo la mayor parte de Bohemia y unificó a los alemanes de los Sudetes que vivían allí.

Pasemos ahora a la situación actual. Observamos algo similar: gobiernos que los líderes de opinión consideran malos parecen obtener buenos resultados en las encuestas. En este preciso momento, el genocidio en Gaza lo está llevando a cabo un gobierno israelí elegido democráticamente. La invasión de Ucrania, en contra de todas las normas internacionales, está liderada por Putin, quien ganó todas las elecciones desde el año 2000 y, aunque ciertamente hubo un fraude significativo, nadie niega que, incluso si las elecciones fueran totalmente libres, las ganaría. Erdoğan, quien ahora intenta reprimir a la oposición, ha gobernado Turquía durante 22 años y ha ganado las elecciones cuyos resultados fueron aceptados por la oposición (excepto la última, donde la oposición impugnó la validez del voto). Otros líderes considerados antidemocráticos, como Orbán en Hungría, Fico en Eslovaquia y Vučić en Serbia, podrían perder las elecciones en algún momento, pero, hasta ahora, durante más de una década, las han ganado todas y aún gozan de un apoyo popular significativo o incluso mayoritario. En Serbia, tras casi un año de protestas incesantes que han reunido a estudiantes, amplios segmentos de la sociedad civil y ciudadanos comunes, las encuestas de opinión aún otorgan un 45% de intención de voto al partido de Vučić, mientras que el segundo partido más grande obtiene solo un 6%. Modi ha ganado tres elecciones generales desde 2014. Y no olvidemos a Trump, quien obtuvo 77 millones de votos compitiendo contra el vicepresidente en ejercicio, lo que normalmente representa una gran ventaja para este último. Cabe preguntarse: ¿existe algún problema? ¿Será que a la gente común le gustan los partidos que los científicos sociales proclaman como antidemocráticos? ¿Será que la gente usa la democracia para elegir partidos y líderes antidemocráticos?

Lo que los politólogos y algunos participantes del panel podrían responder es que la democracia no es simplemente el derecho al voto. Incluye todos los demás aspectos, como la no discriminación, un sistema judicial libre, medios de comunicación independientes, separación de poderes, etc. De hecho, el voto no es la única ni la definición completa de la democracia, pero sin duda es una de las principales, quizás incluso la principal, forma en que esta funciona y conduce efectivamente a la formación de gobiernos que cuentan con el apoyo de la mayoría o la pluralidad de la población. Pero la gente no solo vota por los partidos "equivocados", sino que parece no interesarle mucho votar. Casi el 40% de los estadounidenses con derecho a voto no se molestó en participar en las últimas elecciones. Es difícil imaginar dónde uno tuvo que vivir en Estados Unidos, quizás solo en un desierto, como los primeros cristianos que vivían en los desiertos egipcios, sin haber oído hablar de Trump, las elecciones, los demócratas y la importancia de las elecciones. Las elecciones "normales" en Estados Unidos tienen una participación de tan solo alrededor del 50%. Esto significa que a una de cada dos personas con derecho a voto le es indiferente quién pueda gobernarla.

Estos dos fenómenos: por un lado, la falta de interés en la democracia y, por otro, un porcentaje significativo, y en muchos casos la mayoría, de quienes votan por partidos que, según los científicos, son erróneos, hacen que uno se pregunte si quizás solo una cuarta parte del electorado comparte las preferencias de los politólogos. Quizás los politólogos deberían dedicarse a otro campo de estudio. Al intentar averiguar por qué la gente vota por partidos equivocados, se han propuesto numerosas correlaciones o incluso mecanismos causales: estatus social, nivel de ingresos, pertenencia a minorías, zonas rurales, educación, raza, género, etc. Esto se utiliza a menudo como arma para castigar a quienes votan mal, cuestionando su inteligencia, educación o moralidad. Quizás exista en segundo plano un intento de privar de sus derechos a quienes votan por los partidos equivocados o de, de alguna manera, restar valor a sus votos (estas propuestas tienen a John Stuart Mill en su historial). La terquedad, la falta de información y la vileza moral se vincularon con los votantes que votaron mal.

Necesitamos reevaluar por qué existe una brecha entre lo que la mayoría de los politólogos y científicos sociales consideran deseable y lo que la gente común que participa en el proceso encuentra atractivo. Esta brecha ha tenido muchos otros efectos negativos. Quienes creen que las personas tienden a votar

equivocadamente las menosprecian llamándolas descontentas, envidiosas, deplorables o fascistas. La otra parte acusa, a cambio, a diversas élites de ser arrogantes y ajenas (precisamente gracias a su educación y riqueza) a lo que la gente común realmente desea. Ambas acusaciones tienen algo de cierto. La diferencia de opiniones y la polarización son tales que los insultos se intercambian casi permanentemente. El tono del discurso político ha alcanzado un tono histérico. La política estadounidense siempre ha tenido cierto cariz histérico cuando se trataba de alcanzar un objetivo (por ejemplo, la decisión de atacar Irak), pero el nivel actual de discurso histérico no disminuye con el tiempo y se extiende cada vez más a todos los ámbitos, incluyendo la cultura, el ocio e incluso las preferencias alimentarias. Podemos observar efectos similares en otros países, cuando se discuten temas particularmente divisivos como la inmigración o las guerras actuales en Ucrania y Palestina.

Es casi inevitable que declaraciones más contundentes, cuyo principal objetivo es burlarse, impugnar o ridiculizar a un oponente, sean seguidas por acusaciones igualmente duras de la otra parte. A medida que el tono se ha elevado y todos los argumentos parecen válidos, todos nos hemos desquiciado un poco en nuestros debates. Esto es inevitable con este nivel de polarización, cuando cada bando ataca con todos los medios a su alcance. No está claro adónde podría conducir esto, ya que no hay maneras obvias —por ahora— de cerrar la brecha o de actuar como si no existiera.

Permítanme terminar donde empecé: con la conferencia de hoy. Quienes atacan a las mayorías que votan mal parecen hablar, en lo que respecta a las organizaciones internacionales, en lenguajes de una época completamente distinta. Piden solidaridad internacional, cooperación entre países, etc., en un momento en que el mundo se divide en bloques políticos, económicos y militares. Es una fantasía que, en las condiciones actuales, que probablemente prevalecerán durante al menos varias décadas, solo exista una mínima capacidad para actuar a nivel internacional, ya sea combatir el cambio climático, las epidemias, coordinar políticas monetarias, renegociar deudas o regular las normas comerciales. Todo esto debe quedar fuera de la agenda y se abordará bilateralmente o desde una posición de fuerza por quien ocupe ese cargo. Por lo tanto, la presunción de que existe un interés general compartido por todos los ciudadanos del mundo es totalmente inaplicable en la actualidad. Cuando uno escucha a algunos de esos oradores, siente que se han quedado estancados en

los años 90 (cuando al menos se podían haber albergado tales ilusiones) y que no se han dado cuenta de que el mundo ha cambiado desde entonces.

Por otro lado, quienes muestran la fragmentación del mundo tal como es e intentan explicarla, apoyan una multipolaridad responsable y plantean cuestiones como la de que los "buenos" gobiernos a menudo no logran ser elegidos debido a la falta de apoyo popular, parecen abogar por un relativismo moral donde el tipo de gobierno no importa y la cooperación internacional puede realizarse fragmentadamente, en temas en los que solo algunos países coinciden. Ambas partes hablan sin entenderse: una habla de cosas que existían en el pasado y que ya no existen, y la otra intenta hablar de las cosas que existen hoy, pero es acusada de glorificar el presente y de carecer de aspiración o visión para el mejoramiento de la humanidad. Esto lleva a ambas partes a presentar argumentos desquiciados, unilaterales y, en algunos casos, casi absurdos.